



ediciones.

ALFARO



ediciones.
ALFARO

AMANTES EN ALBOROTO





ediciones.
ALFARO

B. B. Dandekar

AMANTES EN ALBOROTO

NOVELA

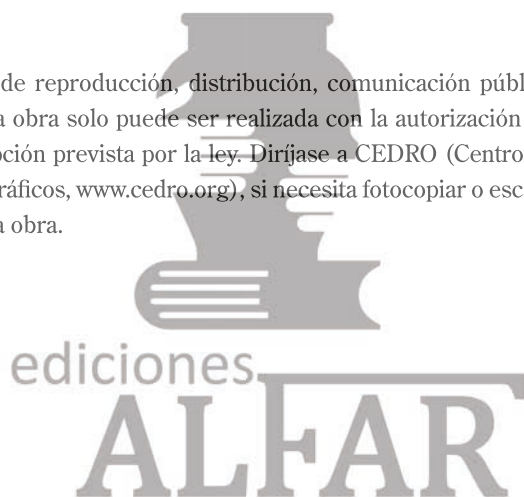
Las mentiras clave no están en Pretoria sino en Londres

Traducido: Tanya Saquic

ediciones
ALFAR



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© B.B. Dandekar

© Ediciones Alfar S.A.

Pol. Ind. Store. Calle Destornillador, 3.6. 41008

Sevilla www.edicionesalfar.es/alfar@edicionesalfar.es

ISBN: 978-84-7898-940-9

A. B. Literary House

Los nombres, los personajes, los sucesos y los espacios que aparecen en este libro son ficticios. No tienen ninguna relación con sucesos, espacios o personas reales vivas o muertas, excepto por coincidencia. Los nombres de algunas ciudades, localidades o zonas reales se han utilizado para proporcionar autenticidad, pero los sucesos que ocurren son ficticios; se han utilizado para autenticidad, pero solo en situaciones ficcionales.

Rampaging Lovers & Translations

1988, 2016, A.B. Literary House, B. B. Dandekar, ISBN(English Hardcover): 0-942387-04-X ISBN(English Hardcover): 978-81-212-1334-9 ISBN (Danish Softcover) : 978-87-92847-15-7 ISBN (Hindi Hardcover): 978-81-212-1284-7 ISBN(German Softcover): 978-3-936088-92-2



Traducción: Tanya Saquic

www.ablithse.com

Exclusive publishing market rights held worldwide by the original publishers
A. B. Literary House, P. O. Box 2074, Thousand Oaks, CA 91358, USA



ediciones.

ALFARO

PRÓLOGO

11 de julio de 1980

Ella se sentó en una sala insonorizada en la parte trasera de la casa, observando las cintas que tenía enfrente y escuchando las voces en sus auriculares. Farnsworth había diseñado esa sala como un añadido a la habitación principal, a la manera de un vestidor, pero más pequeño. No tenía salida ni entrada excepto por el cuarto. Apenas había espacio para la mesa, la silla y los equipos electrónicos, pues estaba forrada con seis pulgadas de material aislante que la aislaba de todo menos de las voces que llegaban a sus auriculares. De habitación tenía poco, pero se situaba justo encima del estudio donde estaban hablando los tres hombres, y eso era lo importante.

Farnsworth hablaba alterado; su acento británico cerrado y brusco era música para sus oídos. Podía imaginárselo en el estudio de abajo, calvo y rechoncho, con los bigotes militares que se enroscaban hacia fuera y hacia arriba, los ojos penetrantes aparentemente cerrados bajo las cejas tupidas. Sentado en el sillón acolchado pasándose la mano desde su frente a la parte posterior de su cabeza calva, con gesto dubitativo, tratando de apaciguar a los otros dos.

A Saúl también podía reconocerlo. El acento sudafricano era inconfundible; daba un poco de miedo cuando hablaba con rabia, como ahora. Había visto a Saúl una vez en la casa; su cuerpo bronceado y de fuerte constitución ya había generado en ella un gesto de apreciación. Farnsworth la envió fuera, pero el recuerdo persistía. Su hermoso cabello rubio ondulado, la camisa abierta y estirada por los músculos de la parte inferior, bien afeitado y su labio superior dibujando una sonrisa devastadora. Incluso a su edad, podría haber caído rendida a sus pies.

El tercer hombre no sabía quién era. Por su acento suave y cantarín, casi inaudible, pensó que podría ser galés. O posiblemente uno de esos extranjeros con los que Farnsworth siempre trataba. Deseaba que hablara un poco. El micrófono que Farnsworth y ella habían atado con alambre en la lámpara de encima de la mesa del estudio no captaba demasiado bien el sonido. Le había propuesto a Farnsworth que pusieran una mirilla en el techo, pero él había rechazado la idea.

Todo lo que quería era un registro completo de las conversaciones.

Saúl y el galés parecían estar teniendo algún tipo de debate con Farnsworth de mediador.

«Ahora, ahora, señores», dijo Farnsworth, «estoy seguro de que podemos resolver esto para que todos queden satisfechos. Vamos, Donaldson, ¿no puede haber otra salida?».

«No me estás escuchando, Farnsworth. Él lo dejó bastante claro. Tan claro que solo hay que leer esos papeles para ver lo que quiere. Quiere a Slagter. Sin concesiones. Sin alternativas. O tiene a Slagter o se carga a seis de nuestros mejores hombres en Europa del Este. Principalmente en Polonia. Los conoce a todos: Smithy, Vincent...».

«¡Vale! ¡Vale! Lo has dejado claro, Donaldson. Bueno, si tiene que tenerlo, lo tendrá».

«¡Eso es imposible!» dijo Saúl, elevando cada vez más la voz; daba incluso un poco de miedo.

Su mano alcanzó el botón del volumen, pero no podía bajarlo demasiado porque no escucharía a Donaldson.

«¿Y por qué?», preguntó Donaldson en voz baja.

«¡Porque, maldita sea, Donaldson, nadie sabe quién es Slagter! ¡Ni siquiera Inteligencia Nacional! Es un profesional independiente. Le llaman cuando lo necesitan. A través de un sistema infalible que no tiene reconocimiento facial. Y él se comunica con nosotros de la misma manera. Le he estado siguiendo durante cinco años, Donaldson, y ni siquiera he podido acercarme a él. Ni un poco. No te imaginas cómo elimina sus huellas. ¡Andropov podrá entenderlo!».

«No, no puede. Se lo he intentado explicar. ¿Piensas que no sé nada de nuestro amigo Slagter? El argumento de Andropov es simple. Si la Inteligencia Nacional de Sudáfrica utiliza a Slagter para interrogar a los agentes rusos, y luego termina descuartizándolos, deberían al menos saber quién es. Así lo ve Andropov. Y viendo lo que Slagter le hizo a Vladimir, no puedo culparlo. Aquí tengo los informes de la autopsia de Vladimir. Insistió en que los cogiera. ¿Queréis verlos?».

Ella oyó el ruido sordo del maletín que se colocó sobre la mesa; el clic de la cerradura doble.

«¡No, gracias! Nadie se cree nunca las autopsias de los rusos. ¡Cocinadas! De cabo a rabo». A Saúl le dio un poco de risa, como si conociera bien ese tema.

«Estaba dispuesto a enviar el cuerpo a Berlín Oriental y tenerlo custodiado con nuestra gente. Le dije que no sería necesario. Nadie, posiblemente, podría preparar un informe como este. Fue cortado con algún tipo de machete africano. Había lugares donde la carne quedó arrancada del hueso. ¿Hace falta que siga?».

La cinta grabó el silencio. Hubo un ruido como de tambores, pero era Farnsworth que daba golpecitos en la mesa. El tamborileo se detuvo cuando Donaldson siguió hablando: «Andropov piensa —y con razón, si me preguntáis a mí— que esta vez nos hemos pasado. Así que o tiene a Slagter o perdemos a seis agentes en el Este. Y no solo sudafricanos, también británicos y estadounidenses. A nuestros amigos americanos no les va a sentar demasiado bien. Tengo que admitir que la postura que ha tomado me sorprende. No es normal que el KGB se ponga sentimental por la pérdida de uno de sus agentes, ni siquiera bajo estas grotescas circunstancias. ¿Tal vez se están volviendo como nosotros?».

«Corta el rollo, Donaldson, y céntrate en el tema, ¿quieres?», dijo Farnsworth.

Ella sonrió con cierto placer. Le había dicho exactamente lo mismo muchas veces, interrumpiéndola, incluso delante de sus pacientes, con un ondear de su mano y una mirada de ojos entornados como un hurón.

«Tal vez podamos llegar a algún tipo de compromiso. ¡Un acuerdo! Como dicen nuestros amigos americanos. Les damos, digamos, un poco de información confidencial sobre la frontera china que sea importante para ellos, pero no para nosotros. Tenemos un montón de material que se filtra a través de nuestra gente en Hong Kong. Material que les encantarían tener».

«Lo intenté, Farnsworth», dijo Donaldson.

Admiró la paciencia que transmitía su voz. Suave y baja ahora como lo era al principio. No podía decir eso de los otros dos. Una mirilla no habría ayudado. Todo lo que habría visto sería la parte superior de sus cabezas. Hasta Donaldson se trasladó a la puerta como para salir de la habitación.

«Vale, Donaldson, maldita sea, al menos, necesitamos más tiempo para llegar a Slagter. Andropov lo entenderá. ¡Maldita sea, Dios! Estos malditos rusos creen que todo lo que tienen que hacer es una llamada para que acudamos corriendo. Necesitamos más tiempo».

«Eso le dije. Sin comprometer al MI-6 en nada, por supuesto. Dos semanas. Eso es lo que tenemos».

«¿Dos semanas? ¡Eso es absurdo! ¿Es posible, Saúl?».

«¡Todo esto es absurdo!» La voz de Saúl, llena de ira, estalló en sus oídos y, tras la mueca de dolor, se llevó las manos, por instinto, a los auriculares.

«¿Y cómo piensas encontrar a Slagter en dos semanas? Yo no pude encontrarlo en cinco años. Es muy astuto y un puto gran agente. Y los sudafricanos no nos prestarán su maldita ayuda. Es uno de los mejores».

«Y cruel también. Pero creo que podremos localizarlo. Esta vez, dios, tenemos que conseguirlo».

Oyó el roce de la silla y la ligereza de sus pasos. Muy parecidos a su voz. Apenas audible. Apenas sentida. Sin embargo, sabía que estaba allí. A pesar del silencio. Sin sonido. Sin voces. Sin movimiento. Oyó el leve crujido del micrófono como si hubiera sido tocado accidentalmente.

«Me vas a perdonar, Farnsworth», dijo Donaldson, «¿si yo te ahorrra unas cuantas libras con esto? La luz lastima mis ojos».

Oyó los sonidos sordos y distorsionados al desenchufarse bruscamente la lámpara que había en el techo.

A continuación, el auricular se cortó.

No tenía ningún sentido seguir sentada allí arriba. Se quitó los auriculares, echando hacia atrás la cabeza para alisarse el cabello despeinado que normalmente se mantenía en su lugar gracias al gorro blanco de enfermera. Regresó al dormitorio, deteniéndose un momento para enderezar su vestido blanco y las medias delante del espejo del vestidor de Farnsworth. Se le veía un poco la papada, que ella acarició sin mucha emoción. A su edad, es normal; no todo el mundo puede evitarlo a los cuarenta, se dijo.

Se cubrió la cabeza de nuevo con su gorro y silenciosamente bajó las escaleras hasta la cocina. Ahora ya no la protegía una sala insonorizada, y allí estaban todos los directores principales. Cada una de sus pisadas era un peligro.

A pesar de ser una enfermera de complexión más bien robusta y gruesa, salió sin hacer ruido por la puerta trasera y rodeó el lateral de la casa hasta el seto que bordeaba el camino de entrada. Solo había un coche allí. El coche de Saúl. Lo reconoció. Deben de haber llegado juntos. Saúl y Donaldson. Deben conocerse bien.

Se acomodó al lado del seto, apartando las ramas y las hojas ligeramente para obtener una buena visión de la puerta principal, por la que debían salir. Más tarde tendría que volver y clasificar las cintas. Pero eso podía esperar un momento.

Veinte minutos más tarde oyó abrirse la puerta principal. Saúl salió. Parecía estar hablando con alguien que estaba todavía en el interior. Ella esperó. Saúl dio unos pasos hacia atrás, y Farnsworth apareció en la puerta. No podía oírlos a esa distancia. Donaldson estaba detrás de Farnsworth, sin duda, ¿o tal vez se había quedado atrás para recoger sus notas?

Saúl y Farnsworth se dieron la mano. Saúl volvió a salir, se detuvo, se dio media vuelta, cambió de idea y se dirigió al coche.

Solo.

Se golpeó el muslo con rabia, mientras se alejaba del seto y corría hacia la entrada trasera de la casa. Oyó el portazo de la puerta mien-

tras giraba la esquina, pero el estudio sobresalía y la chimenea le bloqueó la vista de la parte posterior. Se quitó los zapatos, deslizándose más allá de la pared hasta la esquina desde donde se podía ver el jardín y el camino de la puerta de entrada.

Había llegado tarde.

Todo lo que pudo ver fue la espalda de una figura con un abrigo largo que abrió la puerta de entrada y desapareció de su vista.



11 de enero de 1965

El joven indio se sentó con las piernas cruzadas sobre la arena seca, completamente vestido, incluida la corbata de batik verde que el viento había azotado descuidadamente sobre uno de sus hombros. Parecía sentado en un hueco de la arena y emergía de ella como el único objeto vertical en toda la extensión de aquella playa de arena dorada que se extendía una milla en cada dirección.

Ella llegaría tarde. Estaba seguro. Ese pensamiento hizo asomar una leve sonrisa en su cara marrón claro, y arquear las cejas negras que sobresalían de las gafas de caparazón de tortuga que le daban un aspecto erudito. Sin consternación. Sin perder la paciencia. Ella siempre había llegado tarde en sus encuentros en este sitio, en este tramo de playa desierta de la Costa Sur, a veinte millas al sur de Durban y ochenta millas al norte de Margate.

Era un lugar lo suficientemente seguro. El camino de Durban a Margate hacía una curva cerrada en ese punto, separándose de la playa con un arcén cubierto de maleza y palmeras que ocultaban la playa desde la carretera.

Solo había un camino de arena empinado que conducía desde el arcén hasta la llanura de la playa, y que, además, era difícil de encontrar, cubierto de vegetación por falta de uso.

Joshua había aparcado el coche en el arcén, lejos de la carretera. Encontró el acceso sin dificultad porque sabía exactamente dónde estaba; a continuación, aclaró la entrada de la ruta para que Laura la pudiera encontrar también con facilidad.

De lo contrario, ella le gritaría desde el arcén, como había hecho las últimas tres veces, con arrogancia, exigiendo que fuese a por

ella. Había subido corriendo el camino para recogerla, apartando la maleza a ambos lados para acelerar su avance hacia la parte alta.

Para él, que ella apareciera la hacía muy especial.

Tenía un miedo irracional a que algún día no llegara.

Pero ella siempre lo hacía.

Se dejó caer de rodillas en la arena delante de él, pero cuando él se inclinó hacia delante para besarla, ella se echó hacia atrás fuera de su alcance.

«¿Siempre pensando en lo mismo, Joshua? Solo en besos y caricias. He venido aquí para hablar contigo y esta vez vas a escucharme. ¡Es en serio, Joshua!».

«Lo siento», dijo Joshua. ¿Te he ofendido? Si te es más fácil, ya sé lo que me quieres decir».

«Joshua ¡oh! Por favor no lo hagas más difícil de lo que ya es. Por favor. ¿Por qué no puedes enfadarte como otros hombres? ¿O decir algo estúpido o hiriente? ¡Dios! Esto va a ser horrible. ¿Por qué me siento como si tuviera quince años, como una colegiala tonta cuando me miras a través de esas gafas grandes?».

Se inclinó hacia delante y se las quitó. Luego puso sus manos alrededor de su cabeza, acercando su cara hacia ella, y le dio un beso en los labios, deteniéndose a besarlo de nuevo mientras se distanciaba.

«¿Ahora si vas a escucharme, Joshua?».

«¿He dicho algo? Excepto que sé lo que quieres decirme. Y te puedo evitar esa agonía».

«No», dijo ella. «Prefiero decirlo yo misma. Ayúdame a elegir las palabras adecuadas, Joshua. Son muy importantes».

Se puso de pie frente a él. Él la miró atentamente. El pelo rubio ceniza flotaba con la brisa de la tarde envolviendo su hermosa boca y sus mejillas. Grandes labios. El azul de sus ojos era inigualable, ni siquiera el azul del mar lo superaba. O al menos eso le parecía a él, ya que sus ojos le penetraban con su brillo, no importaba si con enojo, tristeza o amor. Nunca olvidaría esos ojos clavados ahora en su rostro, borrando el dolor que sabía que vendría. Se apartó el pelo de los ojos, ahora pidiendo ser comprendida.

«Joshua, he venido a decirte que no puedo ir a Inglaterra contigo mañana. Eso es todo. No puedo verme contigo nunca más, ni aquí ni en ningún otro sitio. Ya lo he dicho. Por favor, no estés dolido».

«No me siento herido, quizá era demasiado pedir. Era una locura pensar que incluso podrías considerarlo. Dejar tu casa, tus amigos, tu país, y venirme conmigo. No fui razonable y ahora lo veo. Gracias por decirme la verdad. ¿Puedo hacerte una pregunta?».

Miró hacia la orilla antes de asentir.

Las olas, salpicadas por el brillo del sol de la tarde, golpearon la playa con un último y estruendoso rugido antes de subir a toda velocidad por la arena hasta situarse a pocos metros de donde estaba sentado. No le alcanzaron. Las olas parecían gritar su descontento con un silbido que invadió la arena de la orilla marina.

«¿Fuiste verdaderamente feliz mientras esto duró?».

«¡Oh, Joshua! Cómo puedes dudarlo, ¡mi vida! Ha sido tan emocionante. Conocernos aquí. Y en ese pequeño café en Grey Street. Me sentaré en la mesa del rincón oscuro de la ventana y veré tu cara a cada momento mucho tiempo después de que te hayas ido. ¿Cómo decírtelo, Joshua? No todo era un juego. Hubo diversión, y risas, y emoción».

«¿Pero no amor?».

«No lo sé, mi amor. Realmente, no lo sé. Pero sí había confianza».

«Eso no es suficiente», dijo Joshua. «Para mí, eso nunca ha sido suficiente. Yo, a veces, también confío en mis enemigos. Incluso en mis criados. ¿Eso es todo lo que ha sido, solo diversión, risas y emoción?».

Ella echó una rápida mirada a lo largo de toda la playa. La arena brillaba atrapando la luz del sol en olas de luz cegadora que seguían la curva de la playa. Ellos podrían haber sido las dos únicas personas en todo el universo. Lo cierto es que sí eran las dos únicas personas en esa playa.

Y detrás de ellos estaba el arcén empinado del acantilado, cubierto y desolado. Apenas a seis metros de distancia. Un bulto como enterrado en la maleza iba asomando amenazante.

«Tengo un regalo para ti», dijo ella.

Le sorprendió oírle decir eso. Ella le había hecho regalos antes y algunos caros, pero esta vez parecía diferente. La había visto llegar por el camino, y no llevaba ningún paquete.

Tal vez era pequeño y lo tenía escondido. Llevaba un vestido de color verde claro, con una hendidura en las rodillas. Sin bolsillos de ningún tipo. El escote era de cuello de barco, que le hacía un cuello delgado y blanco, pero poco más. No había lugar para ocultar ningún regalo. Los brazos estaban sueltos, con mangas cortas, que dejaban al descubierto casi hasta las axilas.

«¿Lo quieres, Joshua?».

«Será un placer y una alegría», dijo él. «Pero lo siento, yo no he traído nada para ti. Y ahora comprendo mi error por no haberte traído algo. Sabía que nos despediríamos así. He estado muy torpe. ¿Puedes perdonarme? Pero siempre atesoraré lo que me des hoy. Además de la chaqueta de lana y la corbata de seda. O los gemelos de oro».

Se puso de pie delante de él y se desnudó.

Dejó caer el vestido de color verde claro con el escote barco y las mangas cortas, llegando a la espalda para desabrocharse, el sonido rasgado de la cremallera quedó subrayado por el repentino silencio de las olas.

El sujetador se abrió por delante, liberando de su cautiverio los delicados pechos perfectamente formados que se balanceaban libres. Dudó un momento antes de dejar caer su ropa interior a sus pies. Caderas acampanadas. Piernas fuertes. Pelo rubio ceniza. Debía haberlo adivinado. Ninguna mujer puede ocultar el color de su pelo. Sin embargo, a los dieciocho años no había visto a ninguna mujer desnuda en vivo y en directo. Ella era la primera.

Abandonó la postura con las piernas cruzadas con la que se había sentado en la arena. Él ya no era esa persona quieta y tranquila que ella pensaba. La agitación interior se manifestaba cuando sus ojos se posaron sobre ella, deteniéndose durante valiosos momentos, como si quisiera grabar en su mente su forma, su color, sus curvas, su textura. Ella pareció darse cuenta porque se quedó completamente

inmóvil, siguiendo su mirada sobre ella, sintiendo el deseo de búsqueda de sus pechos, de sus caderas y de sus piernas.

Ella se sentía halagada. Con un toque de tristeza al pensar que había durado tan poco y ella había esperado tanto tiempo.

Cuando él bajó la mirada, como avergonzado de sí mismo, ella se arrodilló delante de él.

«Joshua, mi amor, tengo dieciocho años y soy virgen. Y aunque mi cuerpo se rebele, y en contra de todos mis propios deseos y sentimientos, soy una persona muy moral. ¿Me crees si te digo que es la única razón por la que me contengo?».

Su respuesta fue casi un susurro.

«Lo entiendo», dijo Joshua, todavía evitando mirarla a los ojos. «Has sido más amable conmigo de lo que jamás podría imaginarlo. Siempre me acordaré de ti de esta manera».

Ella se inclinó para besarlo. Su cabello, revuelto por el viento ligero y agitado, ahora los acariciaba a ambos, soplando por su cara y la de ella, erizando sus mejillas, luego bajando a sus hombros antes de soplar una vez más para envolverlos a los dos.

Él se estaba quieto. Los labios de ella buscaban los suyos y jugaba con ellos. Sus manos colgaban rígidamente a los lados.

Se echó hacia atrás lejos de él. Él no entendió. Sus manos se acercaron a los dedos apretados, cerrándose, acariciando cada palma hasta que el tacto suave de sus dedos relajó los suyos. Él pensó que iba a llevar sus manos a sus cachetes, y que quizás se deslizaran uno a uno por su boca abierta para besarlos.

Ella llevó ambas manos a sus pechos.

«En otro momento y en otro lugar, Joshua mi amor, si te hace sentir mejor saberlo, habrías sido el primero».

Más allá, en el arcén, oculto entre la maleza, Saúl los vio acariciarse en la arena. A esa distancia no necesitaba los prismáticos que tenía a su lado, sobre la hierba.

Se había retrasado deliberadamente en el cruce, a dos millas de distancia en dirección a Durban, para darle tiempo a ella de llegar a la playa. La última vez, en su impaciencia por tenerla vigilada,

había llegado cuando saludaba a Joshua, exigiendo que subiera a buscarla. Así que había conducido durante una milla más antes de acercarse.

Esta vez Joshua había hecho un mejor trabajo de limpieza de la entrada a la ruta, y ella ya estaba en la playa cuando aparcó su coche casi directamente detrás del suyo. Se marcharía antes de que ella volviera por el sendero. No tenía ningún deseo de enfrentarse con ella. Todo había sido bastante inocente en el pasado.

El cuerpo bronceado magníficamente conformado, permanecía en su observatorio desde la maleza, sin alarma, la chica alternativamente estaba de pie o de rodillas ante Joshua. No había que alarmarse porque Joshua se iba a Inglaterra, y todo este estúpido asunto llegaría a su fin de forma natural. Laura volvería con él y a la vida que tenía que ofrecerle.

Las mujeres encuentran a veces emoción en amar lo esotérico. Eso es lo que Joshua era para ella. Un pequeño paréntesis esotérico y degradante, una diversión. Las mujeres a veces necesitan algo así.

Prefirió no pensar en lo que había significado para Joshua, no era asunto suyo.

Sería capaz de perdonarla. Y a él también. Esto no dañaría su amistad con Joshua. Ellos —Joshua, Jomo, él— eran amigos desde hacía casi seis años. Desde el internado en Gran Bretaña. Sentía un gran aprecio por los dos. Su líder también. En los asuntos que requieren el uso de los músculos. Como la vez en octavo curso que le dieron una paliza al matón del dormitorio por meterse con Joshua. Siempre le pedían ayuda cuando tenían problemas. Eso le divirtió mucho. Le produjo un gran placer también. Al final lo necesitaban. Al igual que esa vez que fueron interrogados por la Inteligencia Nacional de Sudáfrica por ser presuntos miembros del Congreso Nacional Africano.

Río en voz alta por una idea tan extravagante; su antiguo compañero Parker, de la Sección Interna, incluso se había ofendido.

«¡Estás perdiendo el tiempo, Parker! Pueden dárselas de importantes, pero los dos son inofensivos, de verdad. Ahora ve a buscar

al hermano de Jomo, Boko, en el Ciskei. Ahí tendrás algo en lo que rascar. En vez de jugar con los pequeños pececillos en el estanque del pueblo».

Se permitió pensar en Jomo. Ella todavía estaba hablando con él allá abajo en la playa. Bien conformado, el negro y contorneado cuerpo era pura delicia. Al menos él y Jomo tenían eso en común. Pero Jomo le estaría esperando en Durban. Primero tenía que echar un vistazo a Laura.

Solo un vistazo.

Confiar en ella por hacer algo absurdo. Como el encuentro con Joshua en una playa desierta a estas horas. Al menos podía haber esperado hasta que se hiciera de noche. A una milla en la carretera hacia Durban, había una tienda de recuerdos y los turistas a menudo se detenían allí. De vez en cuando estiran las piernas en la playa. Incluso si caminaban solo unos cien metros recogiendo conchas, podían ver a kilómetros de distancia.

Pero eso era Laura, pura impulsividad. Ella llegaría muy lejos; estaba seguro.

La vio de pie mirando en su dirección. Ella dirigió su mirada a toda la extensión de la playa desierta.

La entrevista había terminado.

Ella le había contado lo que había venido a decirle y ahora iba a disfrutar de un baño en las cálidas aguas del océano Índico. Ya lo había hecho en otra ocasión anterior y eso marcaba el final de la visita. Joshua no nadaba. Sabía nadar, pero tal vez le daba vergüenza mostrar su delgado cuerpo. Se sentaría en la arena y cuidaría su ropa mientras ella jugueteaba con las olas.

Su risa había provocado que Joshua sonriera. Saúl también.

Había tocado su ropa una vez. La última vez. Un ruido inusualmente fuerte se abrió paso, enviando una fuerte ola que alcanzó la playa. Joshua la vio venir y recogió la ropa, manteniéndola cerca de su pecho y retirándose a toda prisa a una zona más alta. Laura, al verlo, rio de alegría; Saúl solamente frunció el ceño. No era ropa interior, se dijo. Solo unos pantalones cortos, una falda estampada y

una parte de arriba que se ataba por delante, debajo de sus pechos, los cuales había cubierto con su bikini morado.

La vio abrir el vestido de color verde claro y ponerlo a los pies de Joshua. Al igual que la última vez. Llevaba un bikini blanco. Debe ser uno nuevo, pensó.

Había visto los cuatro que tenía cuando se divertían juntos en el sur de la playa en Durban o caminando por el Paseo marítimo, y ninguno de ellos era blanco.

¿Podría haber sido la compra de esa misma tarde, cuando le dijo de pronto que tenía que salir? Estaba rara. Tensa, preocupada, nerviosa, gritándole por cualquier motivo. En ese estado, para calmarse, algunas mujeres compran sombreros. Quizás Laura compró un bikini. Él sabía que Joshua se iba al día siguiente, y ella estaría nerviosa. Era comprensible.

En esos años, se había dicho a sí mismo, una y otra vez, que no había forma de pararla. Al tiempo en que él había buscado a tientas su pistola, ella ya estaba desnuda de pie delante de Joshua, y cuando su rabia cerró sus dedos entorno al gatillo, ella estaba de rodillas delante de él: los hubiera matado a los dos.

«¡Dios!», se dijo a sí mismo. «¡La muy puta! ¡Perra asquerosa!».

Puso la pistola en un lado y buscó los prismáticos en la hierba. Y cuando ya no podía ver, puso la cabeza en la maleza, tapándose los oídos con las manos para no escuchar sus risas que le llegaban desde lejos.

«Un día, Joshua Samuelson», se dijo, gritando las palabras en su mente, «¡Un día, voy a matarte por esto! ¡Y vas a morir como nadie ha muerto antes! ¡Sacándote las tripas!».

Le pareció que aquello no terminaría nunca.

Gracias a Dios ahora ella estaba oculta a su vista, pero podía ver a Joshua con sus rodillas en la arena, inclinándose hacia ella. Y detrás de los dos, las aguas del océano Índico.

Se puso de pie, todavía desnuda, para entrar en el agua, frente a Joshua —no a él— y por segunda vez buscó el arma entre la hierba. Pero no era un blanco fácil caminando hacia atrás, suplicando a

Joshua una última vez que entrara en el agua con ella, y, sin conseguirlo, le sopló un beso cuando se dio la vuelta y echó a correr hacia las olas.

Vio a Joshua, todavía sentado con las piernas cruzadas sobre la arena, tendiendo la ropa.

Era un blanco perfecto. Hombros ligeramente caídos. Cuerpo delgado, la cintura estrecha, casi desaparecida en la correa de cuero que sujetaba su pantalón. Con esa escasa cintura, debía tener un cinturón. Completamente vestido, incluso en una playa desierta. Si Joshua se diera la vuelta, se vería la corbata. Saúl estaba seguro de ello. Incluso en el internado, Joshua era el único que siempre llevaba la corbata, cuando no tenía por qué.

Saúl guardó la pistola. La amistad no podía acabar de esa manera, pensó. Había conocido a Joshua mucho antes de que cualquiera de ellos hubiera entrado en contacto con Laura en una fiesta de cumpleaños en casa de Saúl. Habían regresado a casa después del internado para las vacaciones. Joshua fue invitado porque su padre y el padre de Saúl habían ido a la escuela juntos en Inglaterra. Jomo no fue invitado. En cualquier caso, no podría haber ido porque pasaba sus vacaciones con su familia en el Ciskei.

Esa primera vez no estuvieron muy a gusto. Con dieciséis años. ¿Qué tenían ellos en común con las niñas? Saúl había hecho algunas bromas pesadas sobre ella y Joshua lo había desaprobado educadamente. A Joshua le había impresionado más. En un primer momento, a Saúl no le había importado. Pero al año siguiente, cuando volvieron de la escuela por las vacaciones, ella tenía más de diecisiete años y era una mujer, y de repente todo cambió.

Habían compartido el mismo dormitorio, Joshua, Jomo y él mismo. Solo por eso tenían un montón de recuerdos compartidos. Tendría que matarlos primero. Nada volvería a ser lo mismo, pero al menos gracias a esa amistad, Joshua se había ganado una oportunidad de vivir. Y no una bala en la espalda.

Hubiera sido demasiado fácil matar a Joshua. Ella lo hubiera recordado aún más, y eso no podía ser.

Saúl caminó a través de la maleza de regreso a su coche. No quiso esperarlos. Sabía exactamente a dónde irían. Laura volvería al Paseo marítimo de Durban, y Joshua regresaría a la casa de su madre en Chatsworth; allí lo esperaba.

En el viaje de vuelta a Durban estuvo hablando solo todo el tiempo, considerando todas las opciones, rastreando las causas, sin apaciguar el dolor que le inundaba. Era su memoria la que imponía imágenes insistentes, a pesar de que todo lo que tenía delante era la carretera, a la que no prestaba atención. Solo los veía a ellos desnudos. Como si estuvieran ahí delante; ¿no deben pasar aún más vivamente ante Joshua? Su pelo azotado por el viento había escondido sus ojos de él y a veces la boca, pero nada más. El resto del cuerpo de ella había sido completa y frontalmente expuesto a su vista.

Y de Joshua.

Por segunda vez gritó con rabia. Esta vez en alto. Se golpeaba la cabeza contra el volante, sus gritos fuertes se confundían con la bocina del coche, que no oía; golpeaba con los puños apretados el salpicadero; se golpeaba a sí mismo, mientras que el coche se movía de lado a lado como un animal borracho en el camino de vuelta a Durban.

¡Jomo! Necesitaba a Jomo. Solo Jomo podía calmar su dolor. Como nadie más podría. Tampoco Laura. Ella menos.

La odiaba. ¡Dios! Los odiaba a los dos por ser lo que eran. En el camino de regreso a Durban, por primera vez desde que se había hecho un hombre, lloró.

Saúl estaba equivocado.

Joshua no se dirigió a la zona de Chatsworth de Durban. Es cierto que siguió a Laura a corta distancia, desde que salieron, pero ella conducía muy rápido, como de costumbre, y pronto ella era solo un micropunto de luz que se desvanecía. Aceleró y, en el cruce, a una milla de la carretera, en la esquina con la tienda de recuerdos, dio la vuelta para dirigirse hacia Margate.

Condujo mucho y rápido, sin mucha emoción visible. Sin embargo, estaba siendo perseguido de la misma manera que Saúl. Él tampoco veía la carretera, sino imágenes en su cabeza. Si cerraba los ojos, sentía la suavidad que había tenido en sus manos. Y dolía en la misma medida.

La había perdido. Definitivamente.

A la derecha, y al norte, la cordillera de Drakensberg, con sus montañas de color gris y azul, lo amenazó. No las cruzaría. Cruzaría solo si tenía que hacerlo, y por esta vez podría evitarlo. Su camino hacia el sur corrió a lo largo de la costa. Vio los campos de caña de azúcar, que cubren las colinas redondeadas en los contornos afilados, y el borde de la carretera llena de la flor hibiscos, que parecía crecer por todas partes sin haber sido plantada.

Evitó Margate. Era un balneario, y aunque era más popular en junio y julio con la gente del interior del país tratando de escapar del frío del interior, la temporada se extendió durante todo el año incluso en los meses de verano.

Se acercaba la medianoche cuando entró en las tierras de la tribu Xhosa, en primer lugar Transkei y después Ciskei. El camino cruzaba el río Bashee, que fluye con sus propios giros idiosincrásicos y se

vuelve hacia el océano Índico, reuniéndose con la línea de ferrocarril en Idutywa. Para su alivio, la ciudad estaba cerrada por la noche. Solo entonces se relajó por primera vez cuando vio la última granja desaparecer en su espejo retrovisor, y se acomodó durante el corto camino a Butterworth y luego al río Great Kei que demarcaba por una parte considerable de su interior la extensión de Ciskei.

El paisaje había cambiado. Ahora se veían colinas planas salpicadas de la floración de árboles de mimosa; el olor del maíz y de la planta cortisona, las hojas que Joshua había visto utilizarse para vendar los iniciados circuncidados a la edad adulta en la ceremonia *abakwetha*. Nunca había creído que eso hiciera mucho bien a los iniciados, pero los ancianos sin duda parecían pensar que sí.

Abandonó la carretera principal, yendo hacia el pueblo que conocía tan bien. Se estaba celebrando una fiesta. Un buey había sido sacrificado, cuyo bramido servía de llamada a los espíritus ancestrales para que asistieran a la fiesta en la que estaba siendo sacrificado.

Joshua se estremeció al pensar en la última vez que había visto tal sacrificio. Nunca más, se había jurado a sí mismo, se sometería a eso otra vez. Pero no podía borrar de la memoria la única vez que lo había visto. Y en momentos como estos, era imposible evitar que saliera a la superficie.

La fiesta, entonces, había sido para celebrar el regreso de Jomo desde el extranjero. Joshua fue invitado y asistió. Saúl no fue invitado, pero no podría haber ido de todos modos, porque estaba pasando sus vacaciones con su familia en Durban.

Boko había ofrecido un buey de su rebaño. Él mismo celebraría el sacrificio, dijo, para celebrar el gozoso regreso de tierras extrañas de Jomo, el más pequeño de sus hermanos. Pero primero el animal tenía que bramar para llamar a los espíritus ancestrales, si no el sacrificio no serviría de nada.

Joshua cerró sus ojos y trató de borrarlo de su memoria. Y fracasó.

El sudor goteaba por la cara y por el cuello de Boko, luego caía hacia la parte delantera de su pecho desnudo, y aun así el animal se

resistía a bramar. Tiró la azagaya, con disgusto, y exigió una más cortante.

«¿Cómo se puede esperar que un hombre sacrifique a un buey con una azagaya sin afilar?».

El buey, con las patas atadas, permanecía tumbado sobre un costado en un charco de su propia sangre sin poder bramar.

Boko intentó hacer todo lo que el brujo le había enseñado. Los pinchazos en todas las áreas débiles y sensibles del animal, retorciendo el instrumento en busca de su eficacia.

Sin bramido.

Ni un grito, ni un susurro, ni siquiera un resoplido que pudiera interpretarse como un bramido. ¡Nada! Boko trató de indagar en los grandes y límpidos ojos del buey, y al final bajó la mirada. Consultó al brujo, y su opinión oficial fue que para una ocasión como esta se debía sacrificar una cabra y no un buey. El sacrificio de un buey estaba reservado para las ocasiones mucho más importantes y concurridas tales como una boda. Si Boko solo quería celebrar el regreso de un querido hermano, una cabra era más apropiada para la ocasión.

El buey fue puesto en libertad, cojeando volvió al campo, pero, siendo incapaz de comer, murió una semana después bajo un sol abrasador. Como su garganta y sus cuerdas vocales habían sido cortadas, no dio ni un solo grito.

A continuación, colocaron una cabra en el círculo.

Joshua sintió la pequeña mano rozando en la suya. Podría haber besado esos dedos por el gusto que le causaba. Ella le dio una palmada en la mejilla, y dándose la vuelta le susurró al oído:

«No tienes por qué estar aquí sentado mirando, tío Josh. Yo tampoco lo soporto. Ven conmigo a jugar a las casitas. Tú puedes ser el padre esta vez. Yo seré la madre».

Se esfumaron por la parte trasera del círculo.

Ewa no paró de charlar hasta la cabaña, en las que tenía sentadas en un círculo lejos de la entrada a todas sus muñecas.

«Vas a tener que hablar con los niños hoy, papá», dijo ella con severidad. «¡Han sido muy, muy traviesos! ¿Verdad, niños?».

Se metió en su juego con tanto entusiasmo que a ella le encantó, sorprendida. Reprendió a los niños con un tono de rabia tan intensa que, finalmente, Ewa tuvo que defenderlos, concediendo que, quizá, no habían sido tan malos después de todo.

Joshua aparcó el coche lo más cerca del pueblo que pudo, pero el suelo era blando y no se atrevió a salirse de la carretera, o lo que parecía carretera, no fuera que sus ruedas se atascaran. Había marcas recientes de vehículos pesados.

Habían encendido un fuego en el espacio abierto entre las chozas del poblado. Los pobladores, envueltos en sus mantas rojas, sentados formando un círculo irregular, se pasaban las garrafas de cerveza y sus largas pipas, mientras que los niños que estaban despiertos, picoteaban del asado.

Sus ojos buscaron en la reunión a Boko y Jomo. Le costaría. Jomo, envuelto en una manta roja, un *doek* en su cabeza y los abalorios en el pecho, aparecía un poco diferente del colegial de Gales con su traje, gorra y corbata.

Lo ignoraron. El banquete había empezado temprano y ya duraba varias horas. A nadie le importó que un extraño pasara por allí. Aparte de que no era un extraño. Algunos ya lo habían reconocido. Sin que implicara ningún sacrificio, ya se había sentado con ellos en otras ocasiones para beber de la garrafa de cerveza, limpiando la boquilla antes de pasársela a Jomo. La cerveza bajó muy suavemente. Disfrutó. Rechazó la pipa porque le sentaba mal.

Se abrió camino más allá de la línea de chozas cerca del fuego, hacia la cabaña tribal de Jomo.

La cabaña era redonda, con estructura de barro, y mostraba algunas de las ramas de los árboles entrelazados entre los postes verticales que formaban el marco de la choza; las vigas de la cubierta cónica se proyectaban hacia arriba y hasta el techo.

Ewa se sentó en un rincón, con las piernas ocultas tras una falda que salía de su cintura. Joshua se sentó en el suelo y la acogió en su regazo. Ella lo abrazó sollozando.

«¿Dónde está Jomo? ¿Y Boko? ¿Han salido ya? ¿Por qué me llaman si no iban a estar? ¿Qué haces aquí sola?».

Ella lo apretaba tanto, que podía oír los latidos de su corazón en su pecho. «No, no, Ewa», dijo, dándole golpecitos en la espalda desnuda, frotándole los omóplatos y la columna vertebral, meciéndola suavemente, besándole el pelo rizado, hasta que poco a poco quedó liberado de su presión.

«¡Estoy muy contenta de que estés aquí, tío Josh! ¡Oh! Pensé que nunca llegarías. ¡Nunca!».

«¿Eso te dijo Jomo? ¿Que sí vendría?».

«Sí».

«¿Y? ¿Que más te dijo?».

«¿No lo sabes? Que tú me sacarías de aquí».

«¿Yo? ¿A dónde te llevaría?».

Ella lo miró con sorpresa, apartándose de él para mirarlo. «A tu casa de Durban, claro. ¿Dónde si no?». Ella se rio y hundió la cabeza entre sus costillas. Él la abrazó.

«¿Es lo que dijeron? ¿Qué te llevaría a mi casa en Durban? ¿Estás completamente segura, Ewa? Podríamos tener un problema si no es así».

«Estoy segura. ¡Muy segura! Jomo me repitió varias veces que te lo dijera. Él me lo dijo, y yo lo repito».

«No importa, no importa, Ewa, ya lo he entendido. Bien, si hay que hacerlo, lo hacemos. Pero tendremos que darnos prisa. Hay un largo camino hasta Durban».

«Estoy dispuesta».

«¿Lista? ¿Y tus cosas?».

Señaló la manta roja del suelo en la que se había atado sus pertenencias más preciadas. Principalmente libros de Enid Blyton. Historias de niñas recluidas internados ingleses. No había ropa de ningún tipo.

«¿No tienes nada que ponerte?».

«Tengo una falda. Solo tengo once años. Y si no me he casado, mis pechos están desnudos. Y no tengo nada más», dijo ella, examinándose a la luz de la lámpara que iluminaba.

Envueltos por la oscuridad exterior.

«¡Menos mal! Sería un infierno si te pillaran conmigo en Durban».

Su risa era contagiosa. Incluso Joshua sonrió.

«Está muy bien que te rías, Ewa, pero me habría gustado que Jomo y Boko te hubieran llevado con ellos cuando se fueron. ¿Cuándo se fueron?».

«Esta mañana. Tuvieron que salir a toda prisa, ¿No te lo dijeron? Había aquí hoy gente de Londres. A última hora de la mañana, lo registraron todo a fondo. Especialmente la cabaña. Y me hicieron muchas preguntas. Preguntas estúpidas acerca de dónde habían ido Jomo y Boko. ¿Cómo iba a saberlo? Yo les contestaba que nunca me habrían abandonado. Y yo no iba a ir a ninguna parte. Quisieron llevarme con ellos, pero monté tal escándalo que lo dejaron. Se llevaron mi ropa, así que no pude salir corriendo».

«¿Encontraron algo en la cabaña?».

«No. Boko lo tiró todo».

«¿Y qué fue lo que tiró?».

Ewa se calló. Sus ojos negros examinaron su rostro como dudando.

«Me dijo que no te lo contara, pero lo haré, tío Josh: papeles y mapas. Sobre todo, papeles ¡Oh, tío Josh! Deseo volver a la escuela en Inglaterra. Las chicas deben estar esperándome. Soy su estrella del hockey. ¿Podemos irnos ya? ¡Por favor!».

«¿Cómo te gustaría llevar un chaleco?» dijo Joshua, quitándose la camisa y despojándose de su chaleco. «Lo último en ropa de mujer Bond street. El estilo de Chelsea en King's Road. ¡Importado de un pueblo indio del Punjab!».

Ella se rio con inocencia infantil y el chaleco, sorprendentemente, le sentaba muy bien. Él no era demasiado grande, y ella no era tan pequeña para ser una niña.

Ella lo cogió de la mano y lo condujo hacia el coche por detrás de las chozas para no ser vistos.

Cuando llegaron, la casa estaba totalmente a oscuras. Ewa estuvo durmiendo la mayor parte del viaje, lo que fue una suerte, porque su cabeza quedó por debajo del nivel del parabrisas. Si hubiera un